

## LA MÁSCARA DE PLATA

por

HUGH WALPOLE

La señorita Sonia Herries, regresando de una cena dada en casa de los Weston, oyó una voz junto a ella.

—¿Hace el favor?... Un momento...

Había ido paseando desde el piso de los Weston que estaba solamente a tres manzanas de distancia y se encontraba ya a pocos pasos de la puerta de su casa; pero era tarde y la calle estaba desierta y silenciosa.

—Siento no poder...—empezó.

Hacía frío y el aire le mordía las mejillas.

—Si hiciese el favor...—prosiguió la voz del hombre.

La señorita Sonia volvióse y contempló a uno de los jóvenes más guapos que viera en su vida.

Era el príncipe azul de todas las novelas románticas, alto, moreno, pálido, delgado, distinguido... y vestía un raído traje azul, y tiritaba de frío, lo cual le hacía precisamente, más interesante.

—Siento no poder...—repitió Sonia, volviendo a caminar.

—¡Oh, lo sé!—interrumpió el joven, con rapidez.—Todo el mundo dice lo mismo, y, es natural. Yo también me excusaría si nuestras situaciones fuesen cambiadas. Pero yo *debo* insistir, yo no *puedo* volver al lado de mi mujer y mi hijito con una simple excusa. No tenemos fuego ni comida; nada excepto el techo que nos cobija. Es culpa mía. No quiero su compasión pero *tengo* que atacar su dinero y tranquilidad.

El joven tembló y pareció que iba a caer.

Involuntariamente la señorita Sonia alar-

gó una mano para sostenerlo. Le tocó el brazo y lo sintió temblar bajo la delgada manga.

—No es nada...—murmuró el joven.—Tengo hambre... No puedo remediarlo.

Sonia había comido una cena suculenta. Había quizás bebido lo bastante para hacerla obrar imprudentemente... sea lo que fuere, antes de que ella se diese cuenta de sus actos, acompañaba al joven hasta la puerta de su casa y le invitaba a entrar.

¡Era un acto de locura! No es que Sonia fuera demasiado joven e inexperta, pues contaba alrededor de cincuenta años y aunque robusta de cuerpo y sana (excepto unas ligeras irregularidades en su corazón) era lo bastante inteligente para poder ser delgada, neurasténica y anormal.

A pesar de su innata inteligencia, sufría terriblemente por su bondad impulsiva. Toda su vida había sido así. Los errores cometidos—y habían sido bastantes—fueron causados por el triunfo de su corazón sobre su cerebro.

Ella lo sabía—¡cuán bien lo sabía!—y todas sus amistades no cesaban de repetírselo a cada momento.

Al cumplir los cincuenta años, se dijo a sí misma:

—Bien, ahora he llegado a la edad de no cometer más tonterías.

Y aquella misma noche estaba ayudando a entrar en su casa a altas horas de la noche, a un joven completamente desconocido, a un joven que con toda probabilidad era el peor tipo de criminal.

Muy pronto se encontró el joven sentado en su sofá de color rosa, comiendo